

Sentí el saludo de conocidos que aún creen que son infalibles al virus y llevan la mascarilla como cadeneta caída sobre su cuello, y no cumplen ninguna protección. En la otra fila del cajero, la distancia social era mínima, como lo era en la zona de verduras. Y qué decir, de las plazas en una ciudad que, en este momento de la pandemia, ha alcanzado la mayor cifra de contagiados: más de ochocientos en un día, y dieciocho muertos por coronavirus. No sospeché que el virus me aguardara en esa salida.

El lunes amanecí con el cuerpo disgustado, como si me hubiera mojado con la lluvia. Por la noche empezó la fiebre, la tos seca, el agotamiento brutal que me derrumbó en la cama, como un agonizante, y de repente, el paladar fue perdiendo el sabor de las cosas, el perfume de las frutas y el gusto por los alimentos. Le pedí a Mary un mote de queso para comprobar el sabor y lo que devoré fue la memoria de una exquisitez de infancia, el sabor del recuerdo.

El martes me hice la prueba y salí positivo con el coronavirus. Mary salió negativa. La noticia la mantuve en reserva en familia, evitando una preocupación a Yola, mi madre, que va para ochenta y seis años.

La clarividencia familiar empezó a revelarse. Mi hermana Marly vio caer repentinamente en su sala en Miami, un pequeño cuadro de peces azules que le pinté. Se cayó sin que pasara un viento que lo desajustara de su clavo. Quedó paralizada e inmediatamente me escribió para saber cómo estaba. Casi simultáneamente, en Bogotá, se cayó un cuadro rectangular de flores sinuanas que le había pintado a mi comadre Astrid, y el estropicio de su caída la dejó enmudecida a ella y a su madre. Las dos mujeres, mi hermana y mi comadre, en ámbitos tan distintos, se preguntaron lo mismo: ¿qué le estará pasando a Tavo? Las fotos de los cuadros caídos atormentaron a Mary, junto a un sueño de una amiga muy cercana, Pilar, que me vio metido en un calabozo oscuro.

La noticia solo la compartí con mis amigos y directivas del periódico donde he trabajado más de la mitad de mi vida, los médicos y la EPS. Lo primero que me llegó a casa fue el oxímetro para medirme la oxigenación de la sangre, cada dos horas. El gerente Gerardo Araújo me preguntaba cada mañana cómo iba la oxigenación y yo daba el reporte diario compartido a los médicos, lo llevaba apuntado en un cuaderno escolar, monitoreándome de día, noche y madrugada, acompañado de un inhalador nasal y otro bucal.

De 97-100, la oxigenación empezó a descender al noveno día. “Si te baja de 85, tenemos que hospitalizarte”, me dijo el médico. “Hay que ir un paso adelante al coronavirus”. Tuve una madrugada crítica con alta fiebre y serios problemas respiratorios. Y cuando miré el oxímetro, apuntaba al descenso del 85.

Mi hijo mayor vino a enseñarme una milenaria técnica de respiración. Inhalando todo el aire y reteniéndolo un rato en los pulmones, para luego, exhalarlo lenta y suavemente por la boca. Esa técnica de respiración tan sencilla y natural es como tener un tanque de oxígeno con uno mismo. El oxígeno va directo a la sangre. La humanidad lo hacía naturalmente, hoy lo practica de manera artificial en las contingencias. Uno puede estar en el límite de morir si falla el oxígeno, y para resistir no es suficiente el ejercicio y la fe de querer seguir vivo, sino que se requieren fuerzas sobrenaturales: con Dios y ayuda.

Las directivas del periódico habían solicitado por todos los medios una habitación de hospital en aquella mañana dramática, pero la ciudad estaba colapsada desde hacía ya un mes, y no había una sola cama en ningún hospital. Fuimos y el guardia me dijo: Esto está taquiado. No cabe un alma más ni en los pasillos. Me tomó el oxímetro, que ya apuntaba una leve mejoría, y me dijo: Es mejor que se vaya a casa. No puede esperar que se desocupe una habitación. Esto está al tope.

Luego de la crisis, mi hijo Alejandro resultó positivo, aunque sus síntomas fueron leves, tuvo días de ataques de tos, dolor de cabeza y pérdida del gusto. Mary llegó a tener algunos síntomas, pero la embistió el agotamiento físico y emocional, su sueño fue siempre intranquilo y se despertaba a las tres creyendo que eran las seis.

Un tatequieto al miedo

La enfermera que vino a hacerme los exámenes había pasado por el coronavirus, y me intentó aliviar contándome que estuvo tres días entubada. “No lo supe”, me dijo. “Uno está sedado y no se da cuenta. Al despertar, ya habían pasado tres días”.

Su relato no solo me impactó, sino que, cuando vi mi sangre, se me bajó la presión y estuve al

borde del desmayo. Me revivió con algodones untados de alcohol y agua de azúcar. Una de las batallas secretas que uno libra al tener conciencia de que el virus está dentro del cuerpo es contra el miedo. El miedo y el pánico son el peor enemigo, porque desarman el sistema inmunológico y entregan el cuerpo al virus, y dejan la vida en bandeja a la muerte.

El miedo ronda de muchas maneras antes, durante y después de que el virus ha salido. Pero el miedo tiene un poder dañino que paraliza todo y acelera no la sanación, sino que estimula los desastres del mal. En la tomografía de tórax estaba la lesión leve que había dejado el virus en mis pulmones, como los rayones que hacen los niños en los cristales empañados. El virus había entrado a mis pulmones, pero su poder devastador se había detenido. Si hubiera seguido, no estaría echando el cuento.

Vi mis pulmones agitarse como oscuras galaxias en un infinito tembloroso, y me dio pánico ver aquella realidad desconocida de mi organismo, pero pensé que también lo monstruoso podía embellecerse y convertirse en arte. Desterré de mi memoria y mi espíritu los fantasmas de la hipertensión y la diabetes, dos enfermedades comunes en mi familia, y pensé que la lesión que me atormentaba podía pintarse de colores, como si en vez de muerte, el aire de mis pulmones se agitara bajo el fulgor del arcoíris.

La fragilidad del ser

En esa odisea de salud, me sumergí acostado y en silencio en el túnel impredecible de una oscuridad tras la luz. Creo que a mí me salvaron muchísimos emisarios en tierra y cielo, ángeles de carne y hueso, cuatro arcángeles de la medicina, de cabecera diaria y consulta permanente: Álvaro Cárcamo, Martín Carvajal, Teófilo Tipón Juliao y Gaspar del Río, y la ayuda providencial de la bacterióloga Lidia Severiche.

La sabiduría de la ciencia junto a los susurros sagrados, plegarias de rodillas, la íntima liturgia que nos depara la belleza improbable de la poesía y el deseo de amigos y compadres que no desgastaron la ilusión de una segunda oportunidad para celebrar la vida. Mary, mi mujer, fue la heroína, enfermera e inyectóloga, me puso compresas de gel frío en el ombligo para bajarme la fiebre, preparó manjares balsámicos, bebidas calientes, y fue puntual con el amoroso rigor de los medicamentos. Nunca nos faltaron las vaporizaciones de hojas hervidas de eucalipto y anamú, cuyo vapor aspirábamos con la cabeza metida debajo de una toalla como en las noches de fiebre de mis abuelas Escolástica Flórez y Adelma Hernández. Nos iluminó la sabiduría de los ancestros.

Mi madre tropezó una noche con el arará de las caídas, y por intuición del corazón supo que uno de sus hijos acababa de cruzar pantanos de fiebre y que, gracias al Dios, con quien ella conversa cada amanecer, el virus, por fin, había salido de mi cuerpo. Solo el que sale vivo de esta embestida del virus podrá contarlo, pero la experiencia lo llevará siempre a la reflexión sobre la fragilidad humana en el planeta y a la certidumbre de que salvarse es una delgada frontera entre ser y desaparecer. De que estamos en manos de la divinidad.

La vida puede variar de un jueves a domingo. Amanecer en el esplendor del gozo, celebrando las últimas uvas de la fiesta del jueves, y morir al mediodía del domingo, como un pez fuera del agua, asfixiado, con los pulmones reventados.

La excesiva confiabilidad de que somos inmunes es una de las trampas del espejismo. Ni miedo ni confianza. Una afinada prudencia y una agudizada sabiduría. Porque no es ficción que esta tragedia espantosa ha embestido no solo contra una generación cercana a la nuestra, que ha menguado por culpa del virus. Y no solo nuestra generación. También se está llevando a gente muy joven, a hijos de nuestros amigos que no resistieron este tercer pico letal, implacable y vertiginoso. Los ojos de oro de nuestras gatas atravesaron nuestra soledad durante las crisis y se ovillaron con ternura bajo el arco de nuestros brazos, aliviando el tránsito de la oscuridad hacia la luz.

Epílogo

El gallinazo herido cayó al lado de mi casa e intentó volar, pero se fue de bruces. Mi vecino abrió la puerta y pegó un grito: ¡Diosito, no me lleves todavía! Y espantó a escobazos al gallinazo de arrugados párpados y mirada triste. ¿De dónde salió este golero?, se preguntó el vecino. Y el golero se vino dando saltitos hasta nuestra casa. Acá lo espantamos con palmadas. El golero se subió a la mesa donde solemos comer en familia a la intemperie bajo la luz de los mangos. El golero saltó hacia la cuarta casa, y el vecino lo espantó con una enorme sábana que lo asustó y lo elevó hacia otro reino lejano.

Los emisarios del cielo nos regalaron, luego de más de quince días inciertos, una segunda oportunidad, al igual que a mi hijo Alejandro, que superó rápido el coronavirus. Mary roció alcohol en la sombra del gallinazo y aromó con clavo y canela el aire pervertido que la muerte había dejado flotando cerca de nosotros.

(*) Gustavo Tatis Guerra. Periodista, poeta, ensayista y pintor. Nació en Sahagún en 1961. Reside en Cartagena, donde se desempeña como editor cultural del diario El Universal. Ganó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1992. Autor de una veintena de libros, entre ellos, los dos últimos: 'La flor amarilla del prestidigitador', encuentros con Gabriel García Márquez y su familia, de Editorial Navona, 2019; y 'Alejandro Obregón, delirio de luz y sombra' (Biografía) de Editorial Planeta Colombiana, 2020.